

Presentación

I. Por qué estudiar teología moral

En el pasado se decía que, a la hora de seleccionar a los estudiantes para profundizar en las ciencias sagradas, a los más capaces se les orientaba hacia la teología dogmática; a los bien preparados, hacia la exégesis; a los de rendimiento medio se les sugería que se orientaran hacia el derecho canónico; y, finalmente, a los más discretos se les asignaba la teología moral. Esta última parecía una disciplina bastante simple y mecánica, una especie de técnica para determinar lo que se puede hacer y lo que no, algo ciertamente útil para el trabajo pastoral pero no tanto para la administración de una diócesis, para hacer carrera en teología o, en cualquier caso, para comprender mejor los retos de la época en que se vive.

Hoy en día las cosas han cambiado considerablemente. Las cuestiones morales han pasado a un primer plano: pensemos en la moral social, política y económica; en los problemas medioambientales; en la moral sexual y familiar; en los dilemas relacionados con la bioética y con las leyes relacionadas, etc., pero sobre todo en la cuestión del verdadero sentido de la vida. Muchos principios y valores fundamentales que en el pasado eran ampliamente compartidos –y, por tanto, no necesitaban ser examinados en profundidad por la teología moral– hoy día no se dan por descontado: los cristianos nos sentimos interpelados por una sociedad cada vez más compleja y por una cultura cada vez más deschristianizada, en la que no es fácil saber cómo orientarse. Con todo, las preguntas sobre el sentido de la propia existencia son irrenunciables, por lo que siguen interpelando al corazón humano y empujando constantemente a los creyentes –y con ellos a la teología– a buscar respuestas.

En este libro no trataremos de resolver todos estos problemas, sino que ofreceremos un marco teórico que permita comprenderlos y abordarlos desde la teología moral. Se trata en cierto modo de una “introducción a la teología moral”, que tratará de iniciar a los estudiantes en este ramo del saber –en su naturaleza, su metodología, su historia, sus desafíos– para que posteriormente puedan profundizar en las distintas cuestiones específicas desde un contexto científico bien estructurado.

Puesto que se trata de una introducción a la teología moral, primero deberíamos explicar qué se entiende por esta ciencia, algo que no es en absoluto evidente.

II. Qué es la teología moral

Muchos de nuestros contemporáneos –y quizá también algunos de los lectores– piensan que el objeto de la teología moral son nuestros *deberes*: lo que debemos hacer, lo que no podemos hacer, etc. En efecto, así se ha presentado la moral católica en determinados períodos de la historia. Estas visiones suelen partir de la experiencia de quien se sabe libre para hacer muchas cosas, pero a la vez es consciente de que no debe hacer algunas de ellas. La moral, pues, trataría de explicar y fundamentar ese “deber”. Tal fundamento estaría para algunos en la voluntad de Dios, que ha establecido ciertas normas de comportamiento a las que los hombres debemos someternos, o ha creado la naturaleza con un cierto orden que nuestra razón puede conocer y, por tanto, debe respetar. Para otros, en cambio, el deber moral estaría fundado en el respeto debido a la libertad de los demás, pues solo así se asegura una convivencia pacífica. Así podríamos seguir enumerando otras muchas propuestas. Partiendo de cualquiera de estos fundamentos se procedería a construir un sistema de normas que permitan juzgar los actos como lícitos o ilícitos. La moral tendría poco que decir sobre los actos lícitos, ya que pertenecerían al ámbito de la libertad personal, las preferencias de cada uno, su lugar en el mundo y en la Iglesia, etc. Un planteamiento de este tipo implica siempre un cierto conflicto entre la libertad y la ley moral, pues esta es vista como un límite que –aunque sea bueno, necesario y razonable– se opone a la esencia de la libertad, que sería la capacidad de hacer cualquier cosa que uno desee¹.

1. Este planteamiento básico no solo es típico de una ética rigorista, que da primacía al derecho sobre la libertad, sino que también es típico de una ética laxista, que tiende a minimizar

Un segundo enfoque muy distinto parte de la experiencia de quien se sabe libre de hacer muchas cosas pero, en última instancia, busca solo una: de todas las acciones potenciales, sin duda hay una que es la mejor, la que realiza lo que el sujeto está buscando en lo más hondo de su ser cuando actúa. En efecto, la persona experimenta muchas tendencias hacia bienes distintos y a veces contradictorios (piénsese, por ejemplo, en quien quiere comer un determinado postre pero no quiere las malas consecuencias que tendría para su salud), pero por encima de ellas existe otra tendencia (llamada voluntad) que se orienta hacia el bien general de la vida (el fin último o felicidad). Esta tendencia hacia el bien universal tiene una luz propia, la razón, que permite al sujeto “ver” el lugar que tiene cada bien y cada actividad particulares en la perspectiva de una vida buena: la razón es la que “ve” lo que aporta a la felicidad el placer de un dulce y la salud del estómago, y determina por tanto si comer o no ese dulce es bueno para la vida en su conjunto. Según este segundo enfoque, la moral sería la búsqueda racional del contenido de la felicidad, un conocimiento de lo que realmente queremos, y de cómo se articula en los distintos ámbitos y decisiones de la vida.

En este libro asumiremos este último enfoque, no solo porque en nuestra opinión corresponde mejor a nuestra experiencia moral, sino también porque estamos convencidos de que es el más acorde con el mensaje de la Revelación cristiana². Coincide además con el planteamiento clásico de la moral cultivado desde el nacimiento de la filosofía en la cultura griega hasta la Baja Edad Media.

el derecho o a transformarlo en imperativos formales o en buenas intenciones generales con el fin de ampliar el espacio de libertad. Para una caracterización de esta forma de entender la libertad y su relación con los deberes, véase A. BELLOCQ, *La libertad en la cultura actual*, en F. INSA (ed.), *Formar en la libertad y para la libertad. Seguir a Cristo en la vida sacerdotal*, Palabra, Madrid 2023, pp. 49-76.

2. Así lo demuestra, en diálogo crítico con otros enfoques, G. ABBÀ, *Quale impostazione per la filosofia morale?*, LAS, Roma 1996. Para un tratamiento sistemático de la teología moral desde esta perspectiva, cfr. E. COLOM – A. RODRÍGUEZ LUÑO – A. BELLOCQ, *Scelti in Cristo per essere santi*, vol. I: *Morale fondamentale*, Edusc, Roma 2023⁴ (existe una versión digital en castellano de esta edición en https://www.eticaepolitica.net/corsodimorale/TMF_3_Edicion.pdf).

III. Moral clásica y moral cristiana

En Grecia, como en todas las culturas antiguas, la moral consistía en una reflexión sobre la vida buena o felicidad (*eudaimonía*)³. Los griegos partían de la experiencia de que no todos los hombres son capaces de elegir según el bien real, y muchas veces se inclinan por el bien aparente. En su opinión, esto se debía a que algunos hombres se dejan llevar por las pasiones sensibles, mientras que lo ideal sería que la razón (*lógos*) dominara sobre las pasiones. Cuando un hombre actúa conforme a la razón, es capaz de ejercer con excelencia su función en la *polis*, la familia, etc. Esta excelencia de la acción era llamada virtud (*areté*), la cual se declinaba a su vez en distintas virtudes según los diversos ámbitos o dimensiones de la acción: la prudencia era la excelencia en el razonamiento sobre lo que se debe hacer, la justicia era la excelencia en saber dar a cada uno lo suyo, la fortaleza era la capacidad de superar los obstáculos para hacer el bien, la templanza era la excelencia y razonabilidad en el gozo de los placeres sensibles, etc.

Esta teoría moral del mundo griego, aunque planteaba las preguntas correctas y orientaba adecuadamente el razonamiento filosófico, no podía encontrar todas las respuestas ni evitar todas las contradicciones. Por mucho que la filosofía griega apelara al *logos* o razón, carecía de una regla absoluta o un punto de referencia que trascendiera el *ethos* de la *polis* o de los distintos grupos que la componían. En efecto, había muchos sabios y numerosas escuelas de pensamiento, por lo que no era posible disponer de un criterio definitivo con el que discriminar la verdad de una simple opinión. Además, por encima de todo esfuerzo humano estaba el “destino” y el poder de los dioses –imperfectos y enfrentados entre sí–, de modo que, en último término, la felicidad no dependía tanto de la rectitud de la propia conducta cuanto de la suerte o el favor de los dioses, y se mostraba por tanto frágil, y a veces incomprensible. Por último, la moral griega daba respuestas para llevar una vida razonable en esta tierra, pero no tenía ninguna certeza sobre lo que ocurre después de la muerte, ni tampoco sobre cómo la propia conducta en esta vida influirá en el estado del alma después de la muerte; esto relativizaba enormemente el valor del esfuerzo moral.

3. Cfr. J. ANNAS, *The Morality of Happiness*, Oxford University Press, New York (NY) 1993. Aunque algunos autores prefieren hablar de “ética” para la reflexión filosófica sobre la vida buena y de “moral” para la reflexión teológica, aquí consideraremos ambas expresiones como sinónimas.

En el surco de esta búsqueda de la vida buena –bien planteada por el mundo grecolatino, pero imposible de ser alcanzada plenamente a causa de sus muchas aporías– irrumpen la Revelación. En ella, Dios mismo explica quién es Él y quiénes somos nosotros; por tanto, ilustra qué sentido tiene nuestra vida y la historia en general, en qué consiste la felicidad, cómo se alcanza y por qué encontramos dificultades para comprender y realizar lo que es mejor para nosotros, etc. Dios lo explica no solo con palabras, sino sobre todo con hechos (*verbis gestisque*⁴), interviniendo en la historia –de modo eminentemente con la Encarnación del Verbo– para mostrar al hombre estas profundas realidades, y para hacerlo capaz de vivir de acuerdo con su dignidad. En esto consiste la especificidad de la moral cristiana.

Desde esta perspectiva, la teología moral se presenta como el estudio sistemático de la vida cristiana (de la experiencia moral cristiana) como respuesta a la cuestión de la felicidad o vida buena. Es decir, la teología moral explica cómo ha de vivir un cristiano y por qué ese tipo de vida es el mejor, el que todos buscamos en última instancia.

De aquí se desprende que las fuentes de la teología moral son:

1. La *Revelación divina*, mediante la cual Dios «quiso Dios manifestarse a Sí mismo y los eternos decretos de su voluntad acerca de la salvación de los hombres, para comunicarles los bienes divinos, que superan totalmente la comprensión de la inteligencia humana»⁵. Esta Revelación, llevada a cumplimiento por Jesucristo por medio de hechos y palabras, se transmite fielmente y nos llega a través de la Sagrada Escritura y la Sagrada Tradición. La Sagrada Escritura «es la palabra de Dios en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo»⁶, mientras que la Tradición es la transmisión íntegra de esa Palabra de Dios a través de la historia bajo la guía del Espíritu Santo. Gracias a la Tradición, la Palabra de Dios contenida en los libros sagrados se comprende cada vez más profundamente y se hace continuamente operativa en diferentes contextos⁷.

4. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 18 de noviembre de 1965, n. 2.

5. *Ibidem*, n. 6.

6. *Ibidem*, n. 9.

7. Cfr. *ibidem*, nn. 8-9.

El Magisterio tiene la tarea de definir con autoridad el contenido de la Revelación y defenderlo de interpretaciones erróneas.

2. El *conocimiento humano* o filosofía moral, que trata de comprender cada vez mejor la experiencia moral humana para saber a qué preguntas responde y a qué da cumplimiento la Revelación cristiana. Aquí volvemos a encontrarnos con los dos posibles planteamientos: una filosofía moral normativista (como la que mencionábamos al principio) tenderá a buscar en la Escritura los deberes y prohibiciones revelados por Dios; por el contrario, una filosofía moral eudemonista (como la filosofía moral clásica) buscará en la Escritura el tipo de vida que nos hace plenamente felices.

IV. Por qué estudiar la historia de la teología moral

Se dice que en 1924 Martin Heidegger comenzó una conferencia sobre Aristóteles diciendo: «Este hombre nació, trabajó y luego murió», tras lo cual pasó inmediatamente a hablar de la filosofía del Estagirita⁸. Parece que de este modo el filósofo alemán quería señalar que la biografía de un autor es irrelevante para el estudio de su doctrina. Nosotros, por el contrario, creemos que la historia es muy útil para comprender tanto los problemas que se plantean como las soluciones que se ofrecen, y que es igualmente importante la metodología con la que cada autor decide trabajar. De lo contrario, se corre el riesgo de centrarse en contenidos atemporales, colocados unos junto a otros, como meteoritos caídos del cielo, sin relación alguna entre sí ni con el contexto creado por el resto de estudiosos.

Pensemos, por ejemplo, en la cristología. Un estudio de los dogmas cristológicos que se limitara a examinarlos como tales, uno tras otro, podría llevar al estudiante a pensar que el Magisterio no tenía nada mejor que hacer que definir artículos de fe cada vez más complejos y sutiles. Si, por el contrario, se presenta el desarrollo de la doctrina situándola en la perspectiva de las herejías trinitarias y cristológicas que constituyeron su contexto histórico, se comprende que la Iglesia sintiera la urgencia de responder a los errores utilizando las herramientas

8. Cf. H. PHILIPSE, *Heidegger's Philosophy of Being*, Princeton University Press, Princeton (NJ) 1999, xiii.

teológicas y filosóficas de que disponía en cada época, logrando así profundizar y definir mejor los conceptos a lo largo de los siglos.

Algo parecido ha ocurrido en la teología en general y en la teología moral en particular. Desde los inicios del cristianismo se han planteado cuestiones sobre si es posible o no conocer a Dios con la razón, sobre la dignidad humana, la libertad, la posibilidad de realizar obras moralmente neutras, la existencia de acciones intrínsecamente malas, la especificidad de la moral cristiana, la naturaleza del fin último del hombre, y otros muchos interrogantes. Con frecuencia, estas cuestiones se han planteado como diádicas difíciles de integrar: fe/razón, fe/obras, libertad/gracia, objetivismo/subjetivismo, ontologismo/conceptualismo, platonismo/aristotelismo, etc. Todas estas cuestiones estarán muy presentes en estas páginas.

El estudio estructurado de los distintos autores y de sus respuestas nos ayudará a comprender mejor tanto los problemas como las soluciones que cada uno ha propuesto con mayor o menor acierto, permitiéndonos llegar a las raíces de lo que hoy aprendemos y enseñamos en la catequesis y en los estudios teológicos. Esto nos permitirá además comprender que la teología moral está sujeta a un continuo desarrollo, no porque cambie la sustancia del juicio moral, sino porque con el tiempo y la reflexión vamos adquiriendo un conocimiento cada vez más profundo del hombre, de su dignidad, de su dinámica espiritual y psicológica, y de su vida en sociedad. Basta pensar en el cambio que se ha producido en la doctrina sobre la usura, entendida durante la Edad Media como cualquier préstamo a interés (que se llegó a condenar con la excomunión), y no (como es entendida ahora) a un interés “abusivo”⁹; o piénsese también en el largo recorrido que ha tenido el juicio sobre la pena de muerte¹⁰.

El estudio de la historia nos familiarizará además con muchas figuras que han contribuido en mayor o menor medida –a veces con las limitaciones de sus propuestas– al estado actual de la ciencia moral. Tomando prestada la conocida frase atribuida a Bernardo de Chartres (c. 1070-1130), somos «enanos a hombros de gigantes»¹¹. Esperamos que este libro despierte el deseo de conocer mejor a las grandes figuras de la historia de la moral y las obras que escribieron. Como es evidente, el tratamiento de las distintas épocas, autores y obras no pretende ser

9. J. LE GOFF, *La borsa e la vita. Dall'usuraio al banchiere*, Laterza, Roma – Bari 2010.

10. M.P. FAGGIONI, *La pena di morte prima e dopo Evangelium Vitae*, «Annales theologici» 34 (2020), 417-451.

11. Citado en JUAN DE SALISBURY, *Metalogicon*, III, 4.

exhaustivo, y los autores de este libro no pretendemos ser expertos en cada uno de los temas tratados. Nos hemos limitado a ofrecer una visión panorámica y sintética que consideramos coherente, recurriendo sobre todo a la bibliografía más difundida y general, con el objetivo de proporcionar una primera introducción a los distintos temas, y no un estudio especializado de los mismos.

Es posible que en ocasiones el lector tenga la sensación de que dedicamos demasiado espacio a cuestiones generales de historia de la Iglesia o de la teología que no tienen que ver directamente con la moral. Nuestra experiencia docente nos sugiere proceder así, pues no es infrecuente que los alumnos de los primeros cursos no hayan adquirido una visión general y ordenada de esta historia, que consideramos fundamental para comprender el contexto y el alcance real de las diversas cuestiones morales.

V. Estructura del libro

El presente libro está estructurado en tres partes.

Comenzaremos por las *Fuentes de la teología moral* (Primera Parte, a cargo de Arturo Bellocq). Se explicará qué experiencia moral y qué tipo de vida buena propone la Biblia, y a continuación veremos cómo fue entendida esta experiencia por parte de los Padres de la Iglesia, testigos privilegiados de la Tradición. Si bien la época patrística en sentido estricto forma parte de la historia de la teología moral, constituye una parte muy especial –y en cierto sentido, normativa– para toda la teología.

A continuación se estudiarán los distintos períodos de la historia de la teología moral, que serán divididos en dos partes. Comenzaremos con la *Edad Media y la Modernidad hasta el siglo XIX* (Segunda Parte, a cargo de Francisco Insa); se trata del periodo más *pacífico*, en el sentido de que los estudiosos contemporáneos suelen hacer una lectura y una valoración ampliamente compartida. La última sección del libro abordará la historia y los debates más recientes de la teología moral, *desde la crítica de la llamada manualística, en vísperas del Concilio Vaticano II, hasta nuestros días* (Tercera Parte, de nuevo a cargo de Arturo Bellocq); se trata de un periodo de poco más de un siglo, sobre el que se pueden encontrar interpretaciones muy discordantes.

En cada una de estas etapas propondremos los principales elementos que permiten orientarse en los debates que tuvieron lugar, evidentemente sin ocultar

nuestra preferencia por una u otra postura. Como resultado del análisis crítico de la historia y de esos debates surgirán de forma transversal –pero sobre todo en la Tercera Parte– diversas cuestiones sobre la naturaleza y método de la teología moral.

* * *

Esperamos que el lector disfrute con la lectura de este libro y amplíe su concepto de la teología moral, quizá hasta incorporarla como compañera de viaje en su búsqueda de una vida buena, que no es otra cosa que la vida eterna, la cual comienza ya aquí en la tierra y se realizará plenamente cuando contemplemos amorosamente a Dios para siempre.

Antes de terminar esta introducción, queremos expresar nuestro agradecimiento a todas las personas cuyos comentarios han contribuido a la elaboración de este libro, en particular a los profesores Carlos Jódar, Ángel Rodríguez Luño y Vito Reale.

Arturo Bellocq y Francisco Insa

2 de octubre de 2025, Fiesta de los Ángeles Custodios